

intimas, los que en la sociedad ejercen la alta misión de velar por sus intereses, juzgando de la bondad ó malicia de los actos humanos; los médicos del alma y los médicos del cuerpo; los que en virtud de las obligaciones que lleva consigo la paternidad, enderezan los pasos del niño por los caminos del deber y de la virtud; y si queremos conseguir el ideal de nuestro perfeccionamiento, preciso es que el alma empuñe el cetro de nuestra vida; que dominadas las pasiones, obedezcan á la razón, y la razón, convencida de su natural dependencia, voluntariamente se someta á las disposiciones de Dios.

CONFERENCIA QUINTA

LA LIBERTAD Y EL DETERMINISMO

Deus ab initio constituit hominem, et reliquit illum in manu consilii sui.

Eccl. XV, 14.

LA LIBERTAD Y EL DETERMINISMO

EXCMO. É ILMO. SEÑOR: ¹

Advertidamente y con propósito deliberado, al demostrar la espiritualidad del alma humana, pasé por alto las convincentes razones que en el ejercicio libérrimo de nuestra propia voluntad se fundan, porque es esta una cuestión que reclama estudio más detenido que el que entonces podía hacerse, y no me pareció conveniente admitir como postulado necesario lo que hoy con tanta rudeza se discute y da lugar á tan transcendentales teorías.

¹ El Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de Burgos.

Por extraño que parezca, el siglo de la libertad ha visto renacer los viejos errores fatalistas, surgir del seno de una escuela incipiente y mal segura la negación radical del libre albedrío, y los que tanto se glorian de haber roto las cadenas que en tiempos añejos aprisionaron á la razón humana en no sé qué degradante esclavitud, no se han avergonzado de echar sobre sus cabezas la infamante coyunda del determinismo.

Nunca se detuvo el error en sus caminos, ni fué posible que el humano pensamiento, partiendo de principios falsos, dejase de rodar de consecuencia en consecuencia, hasta los absurdos más flagrantes, que si la ley de la gravedad empuja con acción irresistible á todos los cuerpos hacia el centro de la tierra, la ley no menos incontrastable de la lógica, arrastra á los entendimientos extraviados hacia el fatal reposo del universal escepticismo; y era lógico que, desconocida la naturaleza del hombre, se desconociesen también las facultades que de ella se derivan, y que, negada la realidad específica del alma, se negasen los fenómenos que sin ella resultan inexplicables. Este partido tuvo que adoptar el materialismo en presencia de la libertad moral, facultad de todo punto irreducible, y absurda en cualquiera de los sistemas anticristianos que pretenden dar razón de nuestro esencial constitutivo, porque si es el

hombre parte integrante de la divinidad, como quieren los panteistas, ó un puro engendro de la naturaleza, exclusivamente compuesto de átomos en vibración, como aseguran los materialistas, seguirá en el primer caso la evolución fatal de la substancia única, y será en el segundo una máquina complicada, pero enteramente sujeta á las leyes matemáticas de la materia cósmica.

El islamismo no encontró manera de conciliar el libre albedrío con la predestinación eterna de las almas, y vió escritas por Alá en sus inmutables decretos, todas las vicisitudes del género humano, aherrojado con las prisiones del fatalismo que esterilizó las energías de los hijos del Profeta. Lutero hizo del pecado original el arma homicida de la libertad, y apoyándose en sofismas teológicos é interpretando torcidamente las Sagradas Escrituras, aseguró que el libre albedrío es una ilusión, una novedad introducida por Satanás en la Iglesia; y si los protestantes no hubiesen sido mejores que el protestantismo, la Europa septentrional, alistada bajo las banderas del fraile renegado de Eisleben, se hubiese adormecido en los sueños voluptuosos del fatalismo musulmán.

Hoy vuelven á estar en boga, pero con tendencias más radicales, las antiguas negaciones; levantan de nuevo su cabeza las vencidas herejías, y, vistiéndose con los oropeles de bisoñas

Ciencias, á todas partes llevan perturbaciones lamentables. Los corifeos del positivismo repiten las palabras de Lutero, que, según ellos, resumen admirablemente los progresos de la Ciencia¹; afirman que la dura ley de la necesidad es la ley del linaje humano; que el bien y el mal no existen en sus clásicas acepciones; que la virtud y el vicio son dos productos como el azúcar y el vitriolo²; que el genio es una neurosis y la santidad un erotismo, el crimen una enfermedad, y el criminal un loco³; que la sociedad guarda en su seno el germen de todos los delitos que se cometen, que ella es quien los prepara, y el delincuente el instrumento ciego que los ejecuta⁴; que la civilización es la resultante de la raza, del medio ambiente y del momento histórico; que el mundo es una gerarquía de necesidades, un mecanismo universal, sostenido por una fuerza avasalladora que hunde sus tenazas de acero en el corazón de todos los vivientes.

¿Qué debemos hacer, señores, en presencia de semejantes blasfemias, para vengar esas ofensas de lesa humanidad? Si se tratase solamente de una verdad enseñada por la fe y atestiguada por

1 Herzen, obra cit. p. 172.

2 Littré.

3 Lombroso.

4 A. Quételet, *Physique social*.

la tradición, yo abriría las páginas de los libros santos, para leer en todas ellas la confirmación de la libertad; hojearía los volúmenes de la Patrología y las actas de los Concilios, las exhortaciones pastorales de los Obispos, y las Encíclicas de los Papas; consultaría con los historiadores y con los sabios de todos los pueblos y de todas las edades, y concluiría diciendo con San Agustín: Esta libertad cantan los pastores en las selvas y los poetas en los teatros; en sus conversaciones los indoctos y en sus bibliotecas los sabios; los maestros en sus cátedras y los Obispos en sus templos, y en todo el mundo el linaje humano¹. Pero se trata de un hecho que se impone á todas las negaciones y á todos los sofismas, de un hecho experimental, atestiguado por la conciencia con voces tan elocuentes, que los mismos que lo niegan, con su conducta lo afirman, y porque la libertad es un hecho, basta comprobar su existencia para dejarla suficientemente vindicada de todos sus adversarios.

¿Somos efectivamente libres? Y si lo somos, ¿en qué condiciones ejercitamos nuestra libertad? Ocioso sería encarecer la gravedad y la importancia de estas cuestiones, que hoy reclaman la atención y el concurso de todos los hombres sé-

1 De duab. anim.

riamente interesados en la defensa de los principios fundamentales del orden moral.

Si el hombre al venir al mundo no tuviese otro destino que la satisfacción de sus brutales apetitos; si fuese tan vil su condición, y tan limitadas sus aspiraciones como el horizonte sensible que puede abarcar con sus miradas, bastante tendría con la libertad natural de que goza el león en el desierto y el pájaro en el aire; empujado por la fuerza imperiosa del instinto, ciegamente correría en busca del objeto que regala sus pasiones, y solo una fuerza mayor podría detenerle en su carrera.

Pero el hombre es un ser inteligente y un ser moral. Busca con su razón la verdad, y apetece con su voluntad el bien, y necesita, para el recto cumplimiento de su fin, una libertad de más levantados quilates que la puramente física, una fuerza que le haga dueño de sus actos, un poder que si le impone tremendas responsabilidades, también le hace acreedor á las más justas recompensas, nota característica que abre entre él y los animales infranqueables abismos.

El hombre busca con su razón la verdad, la busca dentro de sí mismo, y en la naturaleza que le rodea; interroga su conciencia y rectifica las

apreciaciones de sus sentidos; impone á su cuerpo privaciones y vigiliias, arrostra toda suerte de penalidades y sacrificios, nada le detiene en esas árduas peregrinaciones del pensamiento que persigue con afán el objeto adecuado de sus naturales ánsias, porque todo eso y más compensan las inefables complacencias que experimenta el alma cuando descubre la verdad, y el gozo que inunda el corazón cuando vé satisfechas sus nobilísimas aspiraciones. ¿Qué lengua será capaz de publicar lo que en nuestro interior sucede, el día venturoso en que se rasgan los velos que nos encubrían la verdad, y la vemos aparecer ante nosotros coronada de fulgentísimos resplandores?

El conocimiento de la verdad, por grandes que sean sus dulzuras, no basta para llenar las soledades de nuestra alma, ni deja del todo satisfechas las necesidades más íntimas de nuestra insaciable naturaleza; somos navegantes en los mares procelosos de la vida, y no nos basta contemplar en las anchuras de un cielo despejado la estrella polar que endereza nuestro rumbo; es preciso que, empuñando el timón con mano firme, hagamos frente á las tempestades, y sorteando escollos y bajíos, boguemos en demanda de esas playas afortunadas donde la felicidad levantó su templo; es preciso que á las indicaciones de la inteligencia respondan los esfuerzos de la vo-

luntad, y el conocimiento de la verdad engendre en nosotros el deseo del bien.

Si la verdad se nos manifestase siempre; si pudiésemos verla en toda su limpidez y nunca la empañasen los celajes del error; si en las cosas contingentes y mudables sobre que versan nuestros juicios, no existiese contradicción alguna, irresistiblemente la inteligencia descansaría en la posesión de ese conocimiento absoluto y claro en que se cifra su propia perfección, como necesariamente la voluntad apetece el bien, considerado de una manera universal, y en su acepción genérica¹.

Mas la experiencia nos enseña que no es esa la condición de nuestra naturaleza; que la inquisición de la verdad es un trabajo lento, elaboración penosa que blanquea antes de tiempo los cabellos del hombre consagrado á sus tareas; que muchas veces, seducidos por fugaces espejismos, pensamos haber encontrado el agua que apagará nuestra sed, y tenemos que sufrir las amargas decepciones de nuestro juicio equivocado; que si sabemos adonde vamos, delante de nosotros abre el pensamiento innumerables caminos, seducto-

¹ «Necesse est, quod sicut intellectus ex necessitate inhæret primis principiis; ita voluntas inhæreat ultimo fini qui est beatitudo. Finis se habet in operativis, sicut principium in speculativis.» — S. Thom. *Sum. Theol.* I. q. LXXXII, a. 1.

res y halagüeños unos, ásperos y enriscados otros, ninguno de ellos necesario, porque en todos encontramos algún motivo que nos solicita y nos atrae, y puestos en la alternativa de escoger y decidimos, inmóviles quedaríamos en esas encrucijadas de la vida, si no hubiese en nosotros una fuerza que, rompiendo las vacilaciones de la razón, nos permitiese entrar por el camino que bien nos pareció. Esa fuerza, señores, es la libertad moral, el libre albedrío, la voluntad misma, en cuanto tiene al obrar la facultad de elegir¹; fuerza que tiene en la razón sus más hondas raíces², poder que afirma la unidad substancial de nuestra naturaleza, por ser la inteligencia y la voluntad dos facultades que residen en el mismo sujeto, en el alma racional.

Así nos presenta á la humanidad la Historia, y eso nos asegura la conciencia, cuando nos dice que podemos querer ó no querer, elegir entre varios medios ó no elegir ninguno, exigiéndonos en consecuencia la responsabilidad de nuestros actos. Ved, si no, por cuán encontrados rumbos pre-

¹ «Voluntas et liberum arbitrium non sunt due potentie, sed una.» *Sum. Theol.* I, q. LXXXIII, a. 6. — La libertad es propia de los que participan de inteligencia y razón, y mirada en sí misma, no es otra cosa sino la facultad de elegir lo conveniente á nuestro propósito, ya que solo es señor de sus actos el que tiene facultad de elegir una cosa entre muchas. — León XIII, Enciclica *Libertas*.

² «Necesse est quod homo sit liberii arbitri ex hoc ipso quod rationalis est.» — *Summa Theol.* I, q. LXXXIII, a. 1.

tenden los hombres llegar á la consecución de sus ideales, y cómo siendo en el fondo unas mismas las aspiraciones de todos, lejos de buscarlas siguiendo la misma ruta, forman en opuestos bandos, se valen de la persuasión y de los halagos para ganar gentes á su partido, y donde no bastan las promesas, se emplea la astucia y se echa mano de la fuerza, para dominar ese poder incontrastable que, si se empeña en negaros su asentimiento, en vano os obstinaréis en quebrantarlo encadenándolo con las más duras prisiones, pues refugiada la libertad en su inviolable santuario, allí levantará la voz de su protesta para condenar á los opresores y á los tiranos.

Suprimid la libertad, y convertiréis en fábula la Historia, no sabréis explicar por qué los héroes quisieron mejor morir, que ver á sus banderas deshonradas; por qué los pueblos reivindicaron, con las armas en la mano, sus derechos ultrajados, y, defendiendo la independencia nacional, sucumbieron en gloriosas hecatombes por no ser esclavos de dominaciones extranjeras; por qué los santos entraron en batalla con sus pasiones, prefirieron á la vida regalada con que les convidaba el mundo, los ásperos senderos de la penitencia, y, espantando á la naturaleza con la magnitud de sus sacrificios, voluntariamente entregaron sus

cuerpos á los tormentos y á la muerte, antes que renegar de sus creencias.

Suprimid la libertad, haced del hombre un mecanismo fatalmente gobernado por las leyes cósmicas, y no tendrán razón de ser los esfuerzos hechos por la Religión para llevar la luz del Evangelio á todos los confines de la tierra, y amansar la fiereza de los pueblos salvajes con las predicaciones de una ley moral, que ordena los dictámenes de la razón y fortifica con sus sanciones las flaquezas de la voluntad, predicaciones que serían en este caso tan ridículas como las de aquel que pretendiese recomendar la mansedumbre á los tigres de Bengala. Las mismas religiones fatalistas, no han sido capaces de destruir el sentimiento de la libertad en la conciencia individual y en la vida práctica de los pueblos á ellas sometidos, y han desmentido con sus disposiciones y con sus preceptos los principios especulativos en que se fundan, pues es tal la vitalidad de este sentimiento que de nuestra libertad tenemos, y tan privilegiados los acentos con que la voz interior del alma acredita su existencia, que tanto valdría negar su realidad y suponer que todo es ilusión, como abrir la puerta al escepticismo más absoluto¹.

1 *Es rigurosamente cierto que los actos interiores de que yo tengo conciencia, como libres, se diferencian de todos los demás por una con-

Si la conciencia psicológica nos revela la existencia de la libertad, la conciencia moral con sus acusaciones y con sus aplausos, nos dice hasta qué punto somos dueños de nuestros actos. El cumplimiento del deber encuentra en ella su primera y más apreciable recompensa, y el quebrantamiento de la ley el primer fiscal que lo denuncia. *Busquen otros la gloria*, dice San Pablo, *en las vanas apariencias de que fácilmente se deja llevar la ligereza del espíritu; nuestra gloria consiste en el testimonio de nuestra conciencia*¹. Los abusos de la libertad, las acciones perversas, en ese tribunal insobornable reciben su sanción y su castigo, y es algunas veces tan terrible la voz del remordimiento, que, saltando por encima de los instintos naturales, voluntariamente se entrega el criminal á la justicia humana, y confiesa su delito, pensando que así se descarga de un peso que le oprime. Y, notad, señores, cuán distinta es la pesadumbre que embarga nuestro ánimo, cuando sin quererlo hemos ocasionado un perjuicio ó hemos sido involuntariamente causa de una desgracia, y cuando con plena deliberación y advertidamente hemos cometido una culpa; cómo en el

ciencia más distinta, más reflexiva y más viva, porque en ellos me poseo y á mi mismo me dirijo. En otros actos interiores me reconozco como sujeto, en los actos libres como causa.» — A. de Margerie, *Le libre arbitre. Congrés scientifique des catholiques*. Paris, 1891, section III, p. 73.

¹ II ad Cor. I, 12.

primer caso, con la frente serena, nos compadecemos del perjudicado y procuramos subsanar con nuestros cuidados las aficciones que padece, y cómo en el segundo nos avergonzamos de nosotros mismos, y procuramos esconder nuestra derrota en los repliegues más hondos de la conciencia, creyendo que así ahogaremos esa voz que nos acusa con una obstinación que no son capaces de aplacar más que el arrepentimiento y el perdón.

Ahora bien, señores: si no somos libres, ni podemos modificar el curso fatal de nuestra vida; si no somos dueños de nuestros actos, nadie podrá exigirnos la responsabilidad de ellos; la conciencia que nos reprende cuando obramos mal, será el más intolerable de los sarcasmos; las leyes con que la sociedad y la Religión ordenan nuestra conducta, irritantes arbitrariedades; la justicia que condena al delincuente, verdugo sin entrañas; los tribunales y la magistratura, farsa de teatro; los premios que se conceden á la honradez, y los laureles con que se corona la virtud, odiosas preferencias y distinciones injustificadas; ninguna diferencia habrá entre el salteador de caminos y el animal que vive de la rapiña; el bien y el mal desaparecerán, para ser reemplazados, en los cánones de la moral determinista, por el más grosero *utilitarismo*; la fuerza sustituirá